

PODER Y DINERO



Colección
“Cultura y sociedad” - Enfoques

Michele Zanzucchi

Poder y dinero

La justicia social según Bergoglio

Prólogo del papa Francisco



Título original:
Potere e denaro. La giustizia sociale secondo Bergoglio
© 2018, Città Nuova Editrice
via Pieve Torina, 55 - 00156 Roma
www.cittanuova.it

Traducción: *Juan Gil Aguilar*
Edición: *Ana Hidalgo*
Diseño de cubierta y maquetación:
Antonio Santos

© 2018, Editorial Ciudad Nueva
José Picón 28 - 28028 Madrid
www.ciudadnueva.es

ISBN: 978-84-9715-422-2
Depósito Legal: M-37.262-2018

Impreso en España - Printed in Spain
Imprime: Afanias Industrias Gráficas - Alcorcón (Madrid)

Prólogo



La economía es un componente vital de cualquier sociedad, que determina en gran parte la calidad del vivir e incluso del morir, y contribuye a que la existencia humana sea digna o indigna. Por eso ocupa un lugar importante en la reflexión de la Iglesia, que mira al hombre y a la mujer como personas llamadas a colaborar con el plan de Dios mediante el trabajo, la producción, la distribución y el consumo de bienes y servicios. Así, desde las primeras semanas de mi pontificado, he tratado cuestiones tocantes a la pobreza y la riqueza, la justicia y la injusticia, las finanzas sanas y las perversas.

Si hoy miramos la economía y los mercados globales, un dato que vemos es su ambivalencia. Por una parte, nunca como en estos años la economía había permitido a miles de millones de personas asomarse al bienestar, a los derechos, a una mejor salud y a muchas otras cosas. Al mismo tiempo, la economía y los mercados han tenido un papel en la explotación excesiva de los recursos de todos, en el aumento de las desigualdades y en el deterioro del planeta.

Por tanto, su valoración ética y espiritual debe saber moverse en esta ambivalencia, que se manifiesta en contextos cada vez más complejos.

Nuestro mundo es capaz de lo mejor y de lo peor. Siempre lo ha sido, pero hoy los medios técnicos y financieros han amplificado la potencialidad de bien y de mal. Hay partes del planeta que nadan en la opulencia mientras que otras no tienen lo mínimo para sobrevivir. En mis viajes he podido ver estos contrastes más de lo que me había sido posible en Argentina. He visto la paradoja de una economía globalizada que podría alimentar, cuidar y dar cobijo a todos los habitantes que pueblan nuestra casa común, pero que –como indican algunas estadísticas preocupantes– concentra en las manos de poquísimas personas la misma riqueza que constituye la renta anual de prácticamente la mitad de la población mundial. He constatado que el capitalismo desenfrenado de las últimas décadas ha ampliado aún más el abismo que separa a los más ricos de los más pobres, generando nuevas pobreza y esclavitudes.

En buena parte, la actual concentración de las riquezas es fruto de los mecanismos del sistema financiero. Mirando a las finanzas vemos además que, en la época de la globalización, un sistema económico basado en la proximidad se topa con no pocas dificultades: las instituciones financieras y las empresas multinacionales alcanzan tales dimensiones que condicionan las economías locales, lo que ocasiona a los Estados cada vez más en dificultades para obrar bien en favor del desarrollo de las poblaciones. Por otra parte, la falta de reglamentación y de controles adecuados

favorece el crecimiento de capital especulativo, que no está interesado en inversiones productivas a largo plazo, sino que persigue el lucro inmediato.

Primeramente como simple cristiano, luego como religioso y sacerdote y por último como papa, opino que las cuestiones sociales y económicas no pueden ser ajenas al mensaje del Evangelio. Por eso, siguiendo los pasos de mis predecesores, trato de ponerme a la escucha de los actores presentes en la escena mundial, desde los trabajadores a los empresarios y a los políticos, dando voz especialmente a los pobres, los descartados y los que sufren. En su difusión del mensaje de caridad y justicia del Evangelio, la Iglesia no puede quedarse callada frente a la injusticia y el sufrimiento, sino que puede y quiere unirse a los millones de hombres que dicen *no* a la injusticia de modo pacífico y trabajan por una mayor equidad. Por todas partes hay personas que dicen *sí* a la vida, a la justicia, la legalidad y la solidaridad. Muchos encuentros me confirman que el Evangelio no es una utopía, sino una esperanza real para la economía: Dios no abandona a sus criaturas a merced del mal. Al contrario, las invita a no cansarse de colaborar con todos en favor el bien común.

Lo que digo y escribo sobre el poder de la economía y las finanzas quiere ser una llamada para que los pobres sean tratados mejor y disminuyan las injusticias. En particular pido constantemente que cese el negocio de las armas, capaz de desencadenar guerras que, al margen de los muertos y los pobres, solo engrosa los fondos de unos pocos; fondos que suelen ser impersonales y superiores a los presupues-

tos de los Estados donde están radicados; fondos que prosperan con sangre inocente. Con mis mensajes en materia económica y social deseo despertar las conciencias, especialmente de quienes especulan y explotan al prójimo, para que se recobre el sentido de humanidad y de justicia. Por eso, con el Evangelio en la mano, no puedo dejar de denunciar los pecados personales y sociales cometidos contra Dios y contra el prójimo en nombre del dios dinero y del poder como fin en sí mismo. Me expreso con preocupación porque soy consciente de que no es imposible que haya otras crisis económicas mundiales. Cuando se constata el derrumbe de un sistema financiero separado de la economía real, muchos pagan las consecuencias, y entre estos muchos, sobre todo los pobres y los que se empobrecen, mientras que los ricos en muchos casos salen adelante de un modo u otro.

¿Qué hacer? Una cosa que me parece importante es concienciar sobre la gravedad de los problemas. Es lo que hace Michele Zanzucchi al recoger, ordenar y acercar a los lectores síntesis de algunos pensamientos míos sobre el poder de la economía y de las finanzas. Espero que ello pueda ser útil para concienciar y responsabilizar, favoreciendo procesos de justicia y de equidad. No basta con un poco de bálsamo para sanar las heridas de una sociedad que muchas veces trata todo y a todos como mercancía que, al quedar inservible, se tira, de acuerdo con la cultura del descarte de la que tantas veces he hablado. Solo una cultura que valore todos los recursos de que dispone la sociedad, empezando por los recursos humanos, puede curar sus enfermedades profundas. Los cristianos y los hom-

bres de buena voluntad están llamados a sentirse actores de esta *cultura de la valoración*. Así pues, *concienciar* y *valorar*, pero también *renunciar*. Hay que decir *no* a la mentalidad del descarté: es necesario evitar uniformarse con el pensamiento único, tomando valientemente opciones buenas y a contracorriente. Como enseña la Escritura, todos pueden arrepentirse, convertirse y hacerse testigos y profetas de un mundo más justo y solidario.

Muchos, muchísimos hombres y mujeres de toda edad y latitud ya se han enrolado en un inerte «ejército del bien», sin más armas que la pasión por la justicia, el respeto a la legalidad y la inteligencia de la comunión. ¿Es excesivo pensar en introducir en el lenguaje de la economía y de las finanzas, de la cooperación internacional y del trabajo la palabra *comunión*, y declinarla como preocupación por los demás y por la casa común, solidaridad efectiva, colaboración real y cultura del dar? El bien no es quietismo ni lleva a ser sumisos. Al contrario, el arte de amar, único manual de uso del «ejército del bien», comporta ser activos, requiere la capacidad de implicarse los primeros, de no cansarse de buscar el encuentro, de aceptar algún sacrificio para uno mismo y tener mucha paciencia con todos para establecer una mejor reciprocidad. Los tres atributos que tradicionalmente le corresponden en grado sumo a Dios son la verdad, la bondad y la belleza.

No en vano la Iglesia habla de tres virtudes teologales: la fe, la caridad y la esperanza. Los seres humanos pueden considerarse verdaderos, buenos y bellos cuanto más entran en el círculo virtuoso de Dios, que es comunión y

amor. Por eso, también en la economía estas tres virtudes reportan beneficios. Es posible: el hecho de que tantos trabajadores, empresarios y directivos estén ya al servicio de la justicia, de la solidaridad y de la paz nos confirma que el camino de la verdad, de la caridad y de la belleza es arduo, pero practicable y necesario, también en la economía y las finanzas.

Como atestigua este libro, mi pensamiento se sitúa en el camino trazado por el riquísimo patrimonio de la *Doctrina Social de la Iglesia*. Cualquier persona puede hacerlo suyo con solo acceder al *Compendio de la Doctrina Social de la Iglesia* que tantas veces he citado, porque ofrece en pocas palabras una panorámica del pensamiento eclesial en materia social. Entre los textos redactados por mí, el autor ha privilegiado justamente la exhortación apostólica *Evangelii gaudium* y la encíclica *Laudato si'*. Al mismo tiempo, no se han podido cortar las raíces comunitarias de mi pensamiento, que ahondan especialmente en la Iglesia de América Latina. Por ejemplo, soy deudor de la gran asamblea de Aparecida, en la cual se volvió a proponer a los cristianos un método para la vida social: ver, juzgar y actuar. Es decir, podemos ver la realidad que nos rodea a la luz de la providencia de Dios; juzgarla según Jesucristo, camino, verdad y vida; y actuar en consecuencia en la Iglesia y con todos los hombres de buena voluntad.

El mundo creado es bueno a los ojos de Dios, el ser humano es muy bueno (cf. *Gn* 1, 4-13). El pecado ha manchado y sigue manchando la bondad original, pero no puede borrar la huella de la imagen de Dios presente en

Índice

<i>Prólogo (Francisco, papa)</i>	5
Siglas	13
Introducción	15

EL PODER DE LA ECONOMÍA Y DE LAS FINANZAS

Cultura del descarte	19
Globalización	21
Un cambio necesario.....	23
Cambiar las estructuras de pecado	26
Nuevas formas de pobreza	29
Los emigrantes, los pobres del siglo XXI	31
Aún hay hambre en el mundo	35
Un deber de justicia	38
La opción preferencial por los pobres	41
Ideología capitalista	44
Tierra, casa, trabajo.....	46
Progreso y desarrollo	48
Periferias	50
El poder en la economía.....	52
Pacto y contrato	55

TRABAJO Y RENTAS

La dignidad del trabajo	59
Hay que defender el trabajo.....	63
Pero el trabajo no lo es todo	65
Por una cultura del trabajo.....	68
El problema de las rentas	69
Amos sin rostro	91
La democracia en economía.....	72
El gran mal de la corrupción	75
El bien común y el bien total	77
La propiedad privada cuestionada.....	80

EMPRESARIOS Y TRABAJADORES

Los profetas de hoy.....	83
Empresarios que lloran.....	87
El ciclo de los empresarios	90
Especuladores y mercenarios	92
El papel de los sindicatos para el bien común	95
A veces no se comprende al sindicato	96

CAPITALISMO Y TÉCNICA

La mezcla de poderes	99
El dominio de la técnica	100
Tecnología y poder	102
Un uso correcto de la potencia	105
El poder del conocimiento científico.....	106

Tecnocracia	108
Fragmentación del saber.....	111
¿Capitalistas y comunistas?	113
Rivalidad y meritocracia	116

EL ÍDOLO-DINERO

Mammona	119
El ídolo	121
El dinero corrompe.....	123
El poder es más fuerte que el dinero	125
La guerra y las armas	127
El comercio de armas	129
La crítica marxista.....	132
Teologías que invitan a la justicia	137

¿QUÉ HACER?

La profundidad de la vida	139
No hay una fórmula mágica	142
La fuerza de los pobres.....	143
Signos de los tiempos	145
Un nuevo estilo de vida	147
Solidaridad, o sea, restitución	149
El germen de la comunión	151
La diversidad cultural.....	153
El respeto de la creación	154
Razón y misericordia.....	156
Nuevas generaciones.....	158

BIENAVENTURADOS LOS POBRES	
Cultura del encuentro	161
En la familia	163
Fraternidad, justicia y fidelidad	165
Cultura del cuidado y civilización del amor	167
Instituciones internacionales	169
Misión de la política	172
Dichosos los pobres	175
Los 16 principales documentos de Francisco sobre poder, dinero y justicia social	177

